

ejemplos antiguos y modernos, se verá que es más fácil ganar la amistad de los hombres que se contentaban con el anterior gobierno, aunque no gustaban de él⁵⁹², que de aquellos hombres que no estando contentos⁵⁹³ se volvieron, por este único motivo, amigos del nuevo príncipe, y ayudaron a apoderarse del Estado⁵⁹⁴.

Los príncipes que querían conservar más seguramente el suyo, tuvieron la costumbre de construir fortalezas que sirviesen de rienda y freno a cualquiera que concibiera designios contra ellos⁵⁹⁵ y de seguro refugio a sí mismos en el primer asalto de una rebelión⁵⁹⁶. Alabo esta precaución supuesto que la practicaron nuestros mayores. Sin embargo, en nuestro tiempo, se vio a mosén Nicolás Viteli demoler dos fortalezas en la ciudad de Castela para conservarla. Habiendo vuelto Guy Ubaldo, duque de Urbino, a su Estado, del que le había echado César Borgia, arruinó hasta los cimientos todas las fortalezas de esta provincia, que sin ellas conservaría más fácilmente aquel Estado, y que había más dificultad para quitársele otra vez⁵⁹⁷. Habiendo vuelto a entrar en Bolonia los Bentivoglio, procedieron del mismo modo.

Las fortalezas son útiles o inútiles, según los tiempos, y si ellas te proporcionan algún beneficio bajo un aspecto te perjudican bajo otro. Puede reducirse la cuestión a estos términos: el príncipe que tiene más miedo de sus pueblos que de los extranjeros debe hacerse fortalezas⁵⁹⁸; pero el que teme más a los extranjeros que a sus pueblos debe pasarse sin esta defensa. El castillo que Francisco Sforza se hizo en Milán, atrajo y atraerá más guerras a la familia de los Sforza que cualquiera otro desorden posible en este Estado. La mejor fortaleza que puede tenerse es no ser aborrecido de sus pueblos⁵⁹⁹. Aun cuando tuvieras fortaleza, si el pueblo te aborrece no podrás salvarte en ellas⁶⁰⁰; porque si él toma las armas contra ti no le faltarán extranjeros que vengan a su socorro⁶⁰¹.

No vemos que, en nuestro tiempo, las fortalezas se hayan convertido en provecho de ningún príncipe, sino es de la condesa de Forli después de la muerte de su esposo, el conde Gerónimo. Le sirvió su ciudadela para evitar acertadamente el primer choque del pueblo, para esperar con seguridad algunos socorros de Milán y recuperar su Estado⁶⁰². Entonces no permitían las circunstancias que los extranjeros vinieran al socorro del pueblo⁶⁰³. Pero en lo sucesivo, cuando César Borgia fue a atacar a esta condesa y que su pueblo, al que ella tenía por enemigo, se reunió con el extranjero contra sí misma, le fueron casi inútiles sus fortalezas⁶⁰⁴. Entonces, y anteriormente, le hubiera valido más a la condesa el no estar aborrecida del pueblo, que el tenerlas⁶⁰⁵. Bien consideradas todas estas cosas, alabaré tanto al que haga fortalezas como al que no las haga, pero censuraré al que fiándose mucho en ellas tenga por causa de poca monta el odio de sus pueblos⁶⁰⁶.

Capítulo XXI

Cómo debe conducirse un príncipe para adquirir alguna consideración

Ninguna cosa le granjea más estimación a un príncipe que las grandes empresas y las acciones raras y maravillosas⁶⁰⁷. De ello nos presenta nuestra era un admirable ejemplo en Fernando V, rey de Aragón, y actualmente monarca de España. Podemos mirarle casi como a un príncipe nuevo⁶⁰⁸, porque de rey débil que él era llegó a ser, por su fama y gloria, el primer rey de la cristiandad⁶⁰⁹. Pues bien, si consideramos sus acciones las hallaremos todas sumamente grandes, y aun algunas nos parecerán extraordinarias⁶¹⁰. Al comenzar a reinar

asaltó el reino de Granada⁶¹¹, y esta empresa sirvió de fundamento a su grandeza. La había comenzado, desde luego, sin pelear ni miedo de hallar estorbo en ello, en cuanto su primer cuidado había sido tener ocupado en esta guerra el ánimo de los nobles de Castilla. Haciéndoles pensar incesantemente en ella, los distraía de discurrir en maquinando innovaciones durante este tiempo; y de este modo adquiría sobre ellos, sin que lo echasen de ver, mucho dominio y se proporcionaba una suma estimación⁶¹². Pudo, en seguida, con el dinero de la Iglesia y de los pueblos, mantener ejércitos y formarse, por medio de esta larga guerra, una buena tropa, que acabó atrayéndole mucha gloria⁶¹³. Además, alegando siempre el pretexto de la religión para poder ejecutar mayores empresas, recurrió al expediente de una crueldad devota; y echó a los moros de su reino, que con ello quedó libre de su presencia⁶¹⁴. No puede decirse cosa ninguna más cruel, y juntamente más extraordinaria, que lo que él ejecutó en esta ocasión. Bajo esta misma capa de religión se dirigió después de esto contra el África, emprendió su conquista de Italia y acaba de atacar recientemente a la Francia. Concertó siempre grandes cosas que llenaron de admiración a sus pueblos y tuvieron preocupados sus ánimos con las resultas que ellas podían tener⁶¹⁵. Aun hizo engendrarse sus empresas en tanto grado más por otras⁶¹⁶, que ellas no dieron jamás a sus gobernados lugar para respirar ni poder urdir ninguna trama contra él⁶¹⁷.

Es también un expediente muy provechoso para un príncipe el imaginar cosas singulares en el gobierno interior de su Estado⁶¹⁸, como las que se cuentan de mosén Barnabó Visconti de Milán. Cuando sucede que una persona hizo, en el orden civil, una acción nada común, tanto en bien como en mal, es menester hallar, para premiarla⁶¹⁹ o castigarla⁶²⁰, un modo notable que al público dé amplia materia de hablar. En una palabra⁶²¹: el príncipe debe, ante todas cosas, ingeniarse para que cada una de sus operaciones se dirija a proporcionarle la fama de grande hombre, y de príncipe de un superior ingenio.

Se da a estimar, también, cuán es resueltamente amigo o enemigo de los príncipes; es decir, cuando sin timidez se declaran en favor del uno contra el otro⁶²². Esta resolución es siempre más útil que la de quedar neutral⁶²³, porque cuando dos potencias de tu vecindad se declaran entre sí la guerra, o son tales que si la una llega a vencer, tengas fundamento para temerla después o bien ninguna de ellas es propia para infundirte semejante temor⁶²⁴. Pues bien, en uno y otro caso, te será siempre más útil el declararle y hacer tú mismo una guerra franca⁶²⁵. En el primero, si no te declaras serás siempre el despojo del que haya triunfado⁶²⁶, y el vencido experimentará gusto y contento con ello⁶²⁷. No tendrás, entonces, a ninguno que se compadezca de ti, ni que venga a socorrerte, y ni aun que te dé un asilo. El que ha vencido no quiere a sospechosos amigos que no le auxilién en la adversidad. No te acogerá el que es vencido, supuesto que no quisiste tomar las armas para correr las contingencias de su fortuna⁶²⁸.

Habiendo pasado Antíoco a Grecia, en donde le llamaban los etolios para echar de allí a los romanos, envió un embajador a los acayos para inducirlos a permanecer neutrales, mientras que les rogaba a los romanos que se armasen en favor suyo. Esto fue materia de una deliberación en los consejos de los acayos. En él insistía el enviado de Antíoco en que se resolviesen a la neutralidad; pero el diputado de los romanos, que se hallaba presente, le refutó por el tenor siguiente: «Se dice que el partido más sabio para vosotros y más útil para vuestro Estado es que no toméis parte ninguna en la guerra que hacemos; os engañan⁶²⁹. No podéis tomar resolución ninguna más opuesta a vuestros intereses; porque si no tomáis parte ninguna en nuestra guerra, privados vosotros, entonces, de toda consideración e indignos de toda gracia, serviréis de premio infaliblemente al vencedor».

Nota bien que el que te pide la neutralidad no es jamás amigo tuyo, y que, por el contrario, lo es el que solicita que te declares en favor suyo y tomes las armas en defensa de su causa. Los príncipes irresolutos que quieren evitar los peligros del momento, atrasan con la mayor frecuencia la vía de la neutralidad; pero también con la mayor frecuencia caminan hacia su ruina⁶³⁰. Cuando se declara el príncipe generosamente en favor de una de las potencias contendientes, si aquella a la que se une triunfa, y aun cuando él quedara a su discreción, y que ella tuviera una gran fuerza, no tendrá que temerla, porque le es deudora de algunos favores y le habrá cogido amor. Los hombres no son nunca bastante desvergonzados para dar ejemplo de la enorme ingratitud que habría en oprimirte en semejante caso⁶³¹. Por otra parte, las victorias no son jamás tan prósperas que dispensen al vencedor de tener algún miramiento contigo, y particularmente algún respeto a la justicia⁶³². Si, por el contrario, aquel con quien te unes es vencido, serás bien visto de él. Siempre que tenga la posibilidad de ello irá a tu socorro, y será el compañero de tu fortuna que puede mejorarse en algún día⁶³³.

En el segundo caso, es decir, cuando las potencias que luchan una contra otra, son tales que no tengas que temer nada de la que triunfe, cualquiera que sea, hay tanta más prudencia en unirse a una de ellas, cuanto por este medio concurre a la ruina de la otra, con la ayuda de aquella misma, que, si ella fuera prudente, debería salvarla⁶³⁴. Es imposible que con tu socorro ella no triunfe, y su victoria entonces no puede menos de ponerla a tu discreción⁶³⁵.

Es necesario notar aquí que un príncipe, cuando quiere atacar a otros, debe cuidar siempre de no asociarse con un príncipe más poderoso que él, a no ser que la necesidad le obligue a ello, como lo he dicho más arriba⁶³⁶; porque si éste triunfa, queda esclavo en algún modo⁶³⁷. Ahora bien, los príncipes deben evitar, cuanto les sea posible, el quedar a la disposición de los otros⁶³⁸. Los venecianos se ligaron con los franceses para luchar contra el duque de Milán, y esta confederación de la que ellos podían excusarse, causó su ruina⁶³⁹. Pero si uno no puede excusarse de semejantes ligas, como sucedió a los florentinos, cuando el Papa y la España fueron, con sus ejércitos reunidos, a atacar la Lombardía, entonces, por las razones que llevo dichas, debe unirse el príncipe con los otros.

Que ningún Estado, por lo demás, crea poder nunca en semejante circunstancia tomar una resolución segura⁶⁴⁰; que piense, por el contrario, en que no puede tomarla más que dudosa, porque es conforme al ordinario curso de las cosas que no trate uno de evitar nunca un inconveniente sin caer en otro⁶⁴¹. La prudencia consiste en saber conocer su respectiva calidad y tomar por bueno el partido menos malo.

Un príncipe debe manifestarse también amigo generoso de los talentos y honrar a todos aquellos gobernados suyos que sobresalen en cualquier arte⁶⁴². En su consecuencia, debe estimular a los ciudadanos a ejercer pacíficamente su profesión, sea en el comercio, sea en la agricultura, sea en cualquier otro oficio; y hacer de modo que, por el temor de verse quitar el fruto de sus tareas, no se abstengan de enriquecer con ello su Estado, y que por el de los tributos, no sean disuadidos de abrir un nuevo comercio⁶⁴³. Últimamente, debe preparar algunos premios para cualquiera que quiere hacer establecimientos útiles, y para el que piensa, sea del modo que se quiera, en multiplicar los recursos de su ciudad y Estado⁶⁴⁴.

La obligación es, además, ocupar con fiestas y espectáculos a sus pueblos⁶⁴⁵ en aquel tiempo del año en que conviene que los haya. Como toda ciudad está dividida, o en gremios de oficios, o en tribus⁶⁴⁶, debe tener miramiento s con estos cuerpos⁶⁴⁷, reunirse a veces con ellos y dar allí ejemplos de humanidad y munificencia, conservando, sin embargo, de un

modo inalterable, la majestad de su clase; cuidado tanto más necesario, cuanto estos actos de popularidad⁶⁴⁸ no se hacen nunca sin que se humille de algún modo su dignidad⁶⁴⁹.

Capítulo XXII

De los secretarios (o ministros) de los príncipes

No es de poca importancia para un príncipe la buena elección de sus ministros, los cuales son buenos o malos según la prudencia de que él usó en ella⁶⁵⁰. El primer juicio que hacemos, desde luego, sobre un príncipe y sobre su espíritu, no es más que conjetura⁶⁵¹; pero lleva siempre por fundamento legítimo la reputación de los hombres de que se rodea este príncipe. Cuando ellos son de una suficiente capacidad, y se manifiestan fieles⁶⁵², podemos tenerle por prudente a él mismo, porque ha sabido conocerlos bastante bien y sabe mantenerlos fieles a su persona⁶⁵³.

Pero cuando son de otro modo, debemos formar sobre él un juicio poco favorable; porque ha comenzado con una falta grave tomándolos así⁶⁵⁴. No había ninguno que, viendo a mosén Antonio de Venafio hecho ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, no juzgara que Pandolfo era un hombre prudentísimo, por el solo hecho de haber tomado por ministro a Antonio⁶⁵⁵.

Pero es necesario saber que hay entre los príncipes, como entre los demás hombres, tres especies de cerebros. Los unos imaginan por sí mismos⁶⁵⁶; los segundos, poco acomodados para inventar, cogen con sagacidad lo que se les muestra por los otros⁶⁵⁷, y los terceros no conciben nada por sí mismos, ni por los discursos ajenos⁶⁵⁸. Los primeros son ingenios superiores; los segundos, excelentes talentos; los terceros son como si ellos no existieran⁶⁵⁹. Si Pandolfo no era de la primera especie, era menester, pues, necesariamente que él perteneciera a la segunda. Por esto, sólo que un príncipe, aun sin poseer el ingenio inventivo, está dotado de suficiente juicio para discernir lo bueno y malo que otro hace y dice⁶⁶⁰, conoce las buenas y malas operaciones de su ministro, sabe echar de ver las primeras, corregir las segundas, y no pudiendo su ministro concebir esperanzas de engañarle, se mantiene íntegro, prudente y fiel.

Pero ¿cómo conoce un príncipe si su ministro es bueno o malo? He aquí un medio que no induce jamás a error. Cuando ves a tu ministro pensar más en sí que en ti, y que en todas sus acciones inquiere su provecho personal, puedes estar persuadido de que este hombre no te servirá nunca bien⁶⁶¹. No podrás estar jamás seguro de él, porque falta a la primera de las máximas morales de su condición. Esta máxima es que el que maneja los negocios de un Estado no debe nunca pensar en sí mismo, sino en el príncipe⁶⁶², ni recordarle jamás cosa ninguna⁶⁶³ que no se refiera a los intereses de su principado.

Pero también, por otra parte, el príncipe, a fin de conservar a un buen ministro y sus buenas y generosas disposiciones, debe pensar en él, rodearle de honores, enriquecerle y atraérsele por el reconocimiento con las dignidades y cargos que él le confiera.

Los grados honoríficos y riquezas que él le acuerda colman los deseos de su ambición⁶⁶⁴, y los importantes cargos de que éste se halla provisto, le hacen temer que el príncipe sea mudado de su lugar, porque conoce bien que no puede mantenerse más que con él⁶⁶⁵. Así,